**Texto 1**

Quien conozca y sienta bien la ciencia, sabe que cualquiera de las disciplinas u órdenes de conocimiento nos va llevando a las cuestiones generales, a las grandes hipótesis, a la filosofía, en suma, de una manera tan gradual e invencible, y tan inevitable también, que los

límites de la ciencia con la filosofía no son precisos. […] Si debiéramos describir lo que se observa en una capa de agua, podríamos describir con gran precisión y justeza lo que está en la superficie; después, a medida que los objetos sumergidos están más hondos, la visión y, por consiguiente, la descripción, tiene que ser más imprecisa, más abajo apenas se adivina o se supone, y más abajo todavía, no se ve ni se sabe nada, ni por consiguiente se puede describir nada. […] En cuanto el matemático procura pensar con alguna claridad sobre el infinito y demás nociones que, aun en la práctica, maneja; en cuanto el físico procura pensar con algo más de claridad sobre la materia o la fuerza, el biólogo sobre la vida, el astrónomo sobre la limitación o no del universo, sobre habitabilidad de los mundos y destino de las vidas, ya están filosofando.

Tanto es así que entre la ciencia y la filosofía hay una región intermedia que frecuentan tanto los científicos que vienen de un lado como los filósofos que vienen del otro. La única diferencia está en que, en ciertas ciencias, la capa solidificada, diré así, es más espesa: hay que profundizar más para llegar a los problemas filosóficos, en tanto que en otras ciencias la filosofía está a flor, y se la encuentra por poco que se ahonde. Pero la diferencia es de grado. Por eso es inevitable filosofar: ningún hombre de pensamiento puede no hacerlo.

Vaz Ferreira, C. Sobre la enseñanza de la filosofía (1957)

—------------------------------------------------------------

La filosofía, tal como yo entiendo esta palabra, es algo que se encuentra entre la teología y la ciencia. Como la teología, consiste en especulaciones sobre temas a los que

los conocimientos exactos no han podido llegar; como la ciencia, apela más a la razón humana que a una autoridad, sea esta de tradición o de revelación. Todo conocimiento

definido pertenece a la ciencia —así lo afirmaría yo— y todo dogma, en cuanto sobrepasa el conocimiento determinado, pertenece a la teología. Pero entre la teología y la ciencia hay

una tierra de nadie, expuesta a los ataques de ambas partes: esa tierra de nadie es la filosofía.

Russell, B. Historia de la filosofía occidental (1945)